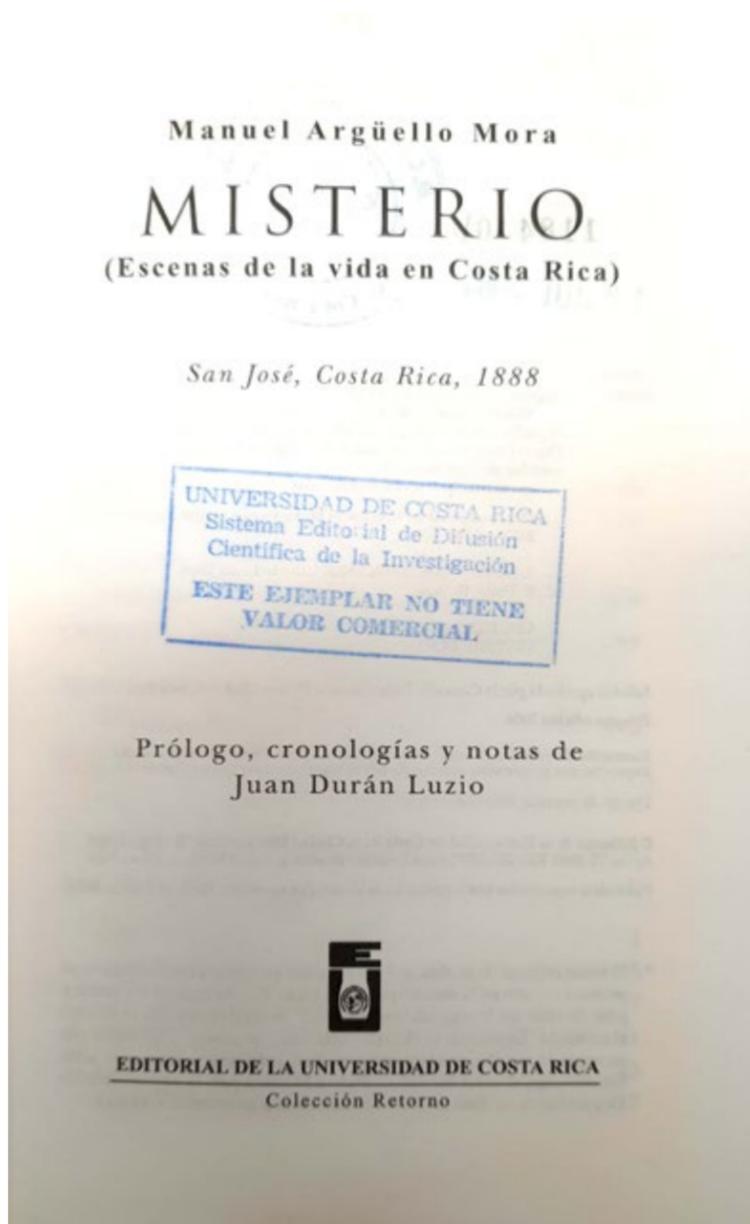


Manuel Argüello Mora



En el volumen titulado Costa Rica pintoresca, aparecido en 1899, Argüello Mora reunió varias de las novelistas suyas, ya analizadas. A ellas van unidas, además impresiones de viajes por Terranova, por Holanda y por Venecia; algunas simpáticas evocaciones de su vida accidentada; una leyenda tica, un cuento germano y la silueta bien delineada de uno de los bien aventurados de quienes afirman que es el reino de los cielos: don Nicasio Barrigas, el hombre más feliz de la capital costarricense. Cierra el volumen la novelita Misterio; lleva como subtítulo el de escenas de la vida en Costa Rica.

Es esta, sin duda, la primera novela, realmente novela, que se publicó en nuestro país, de autor nacional. A Misterio le dedicó tanta atención el novelista costarricense que logró obtener una indiscutible obra del género.

Encontramos en el relato tipos bien definidos como el de Lorenzo Rakoski, callado como un inglés triste como un árabe, de un corazón de oro y de una voluntad de acero. Además, hace reír, con gesto doloroso, la ceguera de don Roque Álvarez. Hombre de cincuenta años, tuvo el capricho de unir su suerte, en matrimonio de conveniencia, con una vaporosa muchacha de veinte primaveras.

Ceguera y ceguera voluntaria. Al buen de don Roque lo desconciertan las atenciones que el polaco Rakoski dedica constantemente a su esposa, mientras ninguna impresión le causa la evidente y la profunda simpatía que une a Julio Espinoza y a Inés de Álvarez.

Atrae la serena beldad de Elena Escoto, de prestigiosa estirpe, arruinada, como tantas otras por los vaivenes inseguros del comercio.

Vuela, por todas las páginas de la novela, como si fuese una mariposa, inquieta, Delfina Rosales. Es una encantadora muchacha educada en colegios parisienses de cuyas aulas se arrancó para volver al terruño. Aquí, no logra encontrar nada que pueda hacerle olvidar las bellezas y las alegrías de los bulevares insustituibles.

En el alma de Delfina nace, con impulsos de pasión, una simpatía que la lleva hacia Julio Espinoza. Este, por desgracia, se ve atraído por los encantos irresistibles y prohibidos de la joven compañera de don Roque en la que ha sabido despertar sentimientos hondos.

Hay otro amor: el que une a la espiritual Elena Escoto con el joven Roberto Delgado, cuyas cualidades de valiente luchador le hacen merecer el cariño sincero de la gentil doncella.

En medio de tanto entusiasmo de los unos hacia los otros, se mueve un tipo, Andrés Cordón, afeminado, buen bailarín. Es la imagen mejor definida de la inconsciencia en el mal. Por sus deseos de poner en evidencia, logra alejar a Roberto de Elena. Además, hace que la policía detenga a sus dos mejores amigos en quienes algunos creen adivinar a dos peligrosos revolucionarios.

Es de admirar el optimismo sano de Julio al compararlo con la desconfianza inmensa que satura el alma de Roberto. Desorientado por la falta de fe en los demás, esa misma fe que en sus propias energías desposeía la encantadora Elena.

En el desarrollo de esta novela de interesantes momentos asistimos a suntuosas recepciones. A uno de los bailes con los que, en el patio del Palacio Nacional, la sociedad josefina celebraba el aniversario de la independencia. Efectuamos uno de los más bellos paseos que pueden hacerse: el que permite dominar y admirar los paisajes de la Meseta Central desde la cima imponente del volcán Irazú.

Todo en la novela se resuelve con la mayor naturalidad. La muerte de don Roque permite que Julio se una en matrimonio con Inés, la joven viuda de belleza incomparable. Roberto y Elena forman, en esa misma fecha, un nido que ha de ser de felicidad infinita. También, el simpático Rakoski ve realizado su anhelo al unir el futuro de la graciosa Delfina con el suyo propio.

Pero, el destino inflexible escoge al bondadoso polaco para hacerlo víctima, de una de sus inesperadas injusticias. La angustia de Delfina, el choque inevitable que le produjeron las cláusulas del testamento de Florancia por medio de las cuales esa criada de los Rosales afirma que Julio y Delfina son hermanos, todo se junta para llevar a su espíritu su profundo y grave desequilibrio.

El Infortunado Rakoski vuelve a Europa en busca de la paz espiritual, que tanto necesita la bella Delfina.

No olvidó Argüello Mora a los humildes en su mejor novela. Nos hace admirar aquella prenda más rara que el oro y que los diamantes a la simpática Narcisa, criada fiel de los Escoto. También, dedica frases de cariño a Florencia, la hija de la legendaria campiña de Orosi. Ella, con sus inesperadas confesiones, provoca al desenlace. No se olvida, y no podía olvidarse del negrito Puck el Sirviente sin tacha de Lorenzo Rakoski, callado como un inglés, triste árabe y testarudo como un polonés.